

La calle para el viernes 29 de abril de 2011

Diario de un espectador

La viuda

Miguel ángel granados chapa

La señora Helvia Martínez Vendayes viuda de Díaz Serrano firma la esquela que en los periódicos da cuenta del fallecimiento del ex director de PEMEX. Después de tres décadas en que compartió su vida con él, mientras continuaba su relación familiar con la madre de sus hijos, finalmente se casaron en el reclusorio sur. Así lo contó el protagonista en su libro *Yo, Jorge Díaz Serrano*:

“Mis relaciones con Helvia eran tan estrechas o más que antes. Desde que la conocí vivía solo con su madre y no tenía familiares cercanos. Su prima, la pianista Angélica Morales, radica en Estados Unidos desde hace más de veinte años y no hay ningún contacto entre ellas. Hasta hace poco reanudó el trato familiar con un hermano de su mamá. Es decir, que ambas dependían en todo la una de la otra. Por cierto, me llamaba la atención que la señora tratara a Helvia como si fuera una niña. Cuando íbamos a llegar tarde, Helvia siempre telefoneaba a su madre. Cuando viajábamos, lo que hacíamos con mucha frecuencia, la señora estaba pendiente de ella. Doña María Luisa era una mujer de carácter fuerte que me quería mucho. Se le diagnosticó un cáncer en el cerebro. La enfermedad actuó con clemente rapidez y la señora murió en el transcurso de un mes. No pude acompañar a Helvia durante el doloroso proceso y poco aporté para mitigar su dolor.

Después percibí en ella una angustia causada por la soledad, y aunque seguía viniendo a verme cuatro veces por semana, su tristeza era muy grande. Tomé una decisión a la que sabía que mis hijos se opondrían, como ocurrió, y nunca los culpé por ello. Tenía que darle apoyo además de cariño a mi compañera de tantos años, por lo que resolví ofrecerle matrimonio. Ella, estoy seguro, adivinaba lo que yo pensaba y me expresó que no creía que esa fuera la solución. Sin embargo, el vacío a su alrededor fue terrible en las primeras semanas después del sepelio de doña María Luisa. A eso se agregó la presión de sus amigas y al fin aceptó. Dos años después de mi divorcio, en una sencilla ceremonia, nos casamos en el restaurante de la cárcel. Planeábamos invitar a ciento veinticinco amigos, pero por órdenes de las autoridades ese número se redujo a quince, apenas para incluir a los testigos del acto. Contratamos un pequeño conjunto musical, pero no fue autorizado, y tuvimos que conformarnos a última hora con que una grabadora tocara la marcha nupcial de Mendelssohn. Para el modesto banquete nupcial ordenamos una comida caliente y refrescos más, infortunadamente no nos permitieron calentarla. El menú se cambió entonces: una crema de aguacate fría y pechugas frías. Estaba a punto de iniciarse la ceremonia cuando un custodio nos informó, muy apenado, que

me tenía que quitar el saco que, aunque era de color reglamentario, no estaba permitido. Alegrementemente nos burlamos de la autoridad y de sus absurdos y ridículos reglamentos y procedimos a la ceremonia con el novio en mangas de camisa. Aunque todo ello provocó cierto nerviosismo entre los presentes, no logró conmover al impertérrito y experimentado juez Chema Lozano, gran amigo, quien condujo impecablemente el acto.

Estuvieron presentes mis hijos varones y un limitado número de amigos entre quienes destacaban Margarita Michelena, Manú Dornbierer, Alfredo Kawage y Luis Antonio Bojórquez, quien también me ha defendido públicamente, sobre todo en la prensa de Hermosillo, Sonora, mi tierra natal”.